

PROBLEMAS DE LA "HISTORIA CULTURAL".
TRIANGULACIÓN Y MULTIMÉTODOS

Dora Barrancos

ABSTRACT

El trabajo se incorpora al debate abierto por las posiciones pos-estructuralistas, o mejor por las nuevas ópticas que dan la espalda a las concepciones cifradas en el Sujeto, en el campo de la historiografía cultural. El pasaje de la Historia de las Ideas y de la "historia intelectual" a la vertiente de la "historia cultural" se presenta como un acontecimiento en el que al abandonarse la metanarrativa y apagarse el Sujeto reflexivo plano, monovalente, hay lugar para la racionalidad múltiple en la forja de los esquemas de representación. La "historia cultural" no emerge sin problemas y si quiere ser algo más que la historia de la circulación de lo escrito -objeto de indagación que permite ver lo múltiple- debe incorporar desde las raíces orales a las más variadas fuentes de creación de significados culturales para lo cual es necesario contar con teorías y métodos múltiples.

Este trabajo intenta ser una contribución al debate que plantea la inflexión actual de los paradigmas historiográficos, centrados en la referencia al Sujeto y sus misiones teleológicas. El ciclo de las cosmovisiones cerradas y progresivas, conferidoras de un determinado sentido, parece haberse clausurado. Entre las diversas especializaciones historiográficas que aparecen con distinta suerte, la referida a los fenómenos culturales enraiza y al mismo tiempo se diferencia de tradiciones particularmente intensas surgidas -en gran medida- gracias a la regencia del Sujeto. Entre ellas se destaca el corpus de la clásica "historia de las Ideas" a cuyo cruce han salido vertientes como la de la "historia intelectual" y la de la propia "historia cultural". Los diálogos entre estas son muy fecundos y hasta podría decirse que se asimilan.

Entre la Historia de la Cultura y la "historia cultural" (entre lo sustantivo y una forma adjectivada) media el desempeño de la "historia intelectual", así como diversos cambios conceptuales traídos por nuevas posiciones ónticas y epistémicas, lo que ha transformado el cuadro de la historiografía cuyo objeto son las producciones culturales. Antes de introducirnos en algunos de los problemas suscitados por la "historia cultural" es necesario un breve recorrido historiográfico que permita situar el orden de las transformaciones.

Las escuelas históricas del siglo XIX privilegiaron los acontecimientos

sociedad, innegablemente estimuladas por las nuevas percepciones y la necesidad de conocer, en gran medida derivadas de la expansión territorial ocurrida hacia 1870.

Como es bien conocido, la antropología fue uno de los conocimientos que más impactó a la historia. Ella fue decisiva para la implantación de la historiografía del siglo XX, así como la mirada etnográfica lo había sido para Herodoto, el padre de la Historia. Probablemente su mayor influjo se reveló en la historiografía francesa al admitir ésta que, además de la dimensión material económica explicando la diversidad social y cultural, se interponían los sistemas de representación colectiva, dato de la mayor relevancia aportado sobre todo, aunque no exclusivamente, por la antropología. La escuela de los Anales consintió una referencia reconocida al poner las cuestiones materiales, las formas culturales y sus modos de significación en una perspectiva de estructura compleja y sedimental, dando cuenta de un transcurso temporal que comportaba cambios diferenciales en relación a cada uno de sus diversos componentes. La "materialidad" de los fenómenos culturales puso al descubierto procesos de subjetivación e intersubjetivación, fenómenos constituidos por un espeso tejido de sentimientos e ideaciones, representaciones en suma, de lento procesamiento y no reductibles a las esferas económica y social, aunque inescindibles de éstas.

Así se abrió la perspectiva historiográfica de las "mentalidades" acogiendo un cierto espectro de categorías de análisis, especialmente de aquellas que aluden al acontecimiento espiritual y mental generalizado, a los modos más largos de concebir y "creer", tanto de los que son transversales e implican a la totalidad de los grupos sociales, como de los que permanecen en bolsos menos expuestos a la "circulación".

Roger Chartier -referencia central en este análisis, como se verá- ha llamado la atención sobre la disparidad conceptual que se sostuvo en el seno mismo de los Anales en lo atinente a la interpretación de los fenómenos automáticos de mentalidad. Efectivamente, los repertorios actitudinales y los sistemas de creencia banalizados pueden responder tanto a efectos de sentido racionalizado-reflexivo, como fue en gran medida la posición de los oficiales que optaron por la noción de "utillaje" -noción debida a Lucien Fabvre y que alude a instrumentos conceptuales-, o tratarse de estructuras aún más complejas y desbordadas, como ocurre con los procesos inconscientes². La

2. CHARTIER, "Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions", en *Revue de Synthèse*, Juil-Déc. 1983 - N° 111-112, pp.277-307, dedicada a recoger los trabajos de la *Journée "Histoire des Sciences et Mentalités"*. Este trabajo fue originalmente publicado por LACAPRA, D. - KAPLAN, S.L. (Ed.): *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*. Cornell Univ. Press. 1983, e incluido en el texto ya citado. Un análisis de los matices que alcanza el concepto de mentalidad entre dos de las más importantes figuras de los Anales, Fabvre y Bloch, se encuentra en el artículo de BURGUIERE, A.: "La notion de "mentalité" chez Marc Bloch et Lucien Febvre: deux conceptions, deux filiations", en el mismo número de la *Revue de Synthèse*.

político-institucionales como testimonios de la misma de la experiencia occidental. Esto es, como señales de la nueva y sin embargo repetible sustanciación de sentido inherente a la idea de desarrollo progresivo, cuando esas sociedades se percibieron históricas, lo que implica consciencia de sus circunstancias diferenciales. Por lo tanto, la necesidad de originar una historia de sus producciones culturales se constituyó con referencia a la peculiaridad de sus modos de ser y adquirió los códigos y preceptos de la empresa cuyo sentido global se expresó como "Historia de las Ideas" o "Historia del Pensamiento" y otras variantes del género, aunque omitiesen una referencia explícita en ese sentido.

El compromiso axiológico en que se fundaba la certeza del carácter ejemplar de lo producido por el hombre occidental pudo disimular o justificar las fracturas del proceso civilizatorio. Una otra certeza era la fidelidad del tiempo para con las sociedades occidentales y el sentido de propiedad de su esencia, lo que llevaba a convertir a la historia en su propia Historia. Ya fuera para instalar la expectativa más exclusiva y entrañable de "kultur", como reclamaba la tradición germanica, o el imperativo tecnológico y universal de la "civilización", la historiografía de las Ideas aludía a un repertorio caracterizado y selectivo de la empresa humana en Occidente. La deferencia acordada a determinados registros se apoyaba en el carácter único de las realizaciones debidas a su pensamiento y ello orientó un tipo de acuerdo óptico excluyente donde sólo algunas manifestaciones eran dignas de la Cultura, lo que pudo basarse, decididamente, en el privilegio acordado al revolucionario dispositivo de la escritura. Desde luego que, esta exclusión afectaba tanto a otras sociedades como a las expresiones subalternas en el interior de las mismas sociedades occidentales -aunque ello alcanzara a la mayoría de sus habitantes- si bien, como hoy sabemos, por la sola circunstancia de la mediación del lenguaje raramente se encontrarán registros culturales no invadidos por alguna forma de contaminación.

La filosofía, la ciencia, el arte, la literatura, y la educación se constituyeron en objetos de un conocido quehacer historiográfico que, en el caso del idealismo, identificaba más que a determinadas individualidades creadoras de la Historia, a las Ideas que las conducían y cuyo despliegue ampliaba la diferencia con las sociedades carentes de "individualidad creadora".

Pero las sociedades occidentales de mediados y fines del siglo XIX fueron sometidas a grandes transformaciones; el hecho mismo de la experiencia imperialista se tradujo en una serie de modificaciones de tal relevancia que, para mencionar algunos efectos en el plano de las creaciones intelectuales, basta señalar el desarrollo de las ciencias de la vida -el terremoto producido por el concepto de evolucionismo-, y el surgimiento de las del hombre y la

1. Una referencia central es desde luego ELIAS, N.: *El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y Psicológicas*, México, FCE. 1987.

idea de "habitus" originada en Erwin Panofsky y reeditada con mayor elaboración por su introductor en Francia, Pierre Bourdieu³, identifica a un entramado actitudinal que recusa fórmulas conscientes. Los sujetos actúan desde una disposición irreflexiva porque cada época o momento histórico obtiene sus propios modos de originar sistemas de representación.

En cierta medida, el ingreso a la historiografía del programa de las mentalidades que puso límites a la impronta individual en el cuadro de las transformaciones culturales -ya fuera desde la preservación de los mecanismos colectivos conscientes o desde el automatismo irreflexivo- minó las expresiones del humanismo. Hacia la década de 1960 el viejo humanismo historiográfico de cuño selectivo, cayó en desuso aunque tuviera continuidad la corriente de la "historia de las Ideas" cuyas raíces se hundían en el siglo XVIII. Es necesario recordar que aunque la tradición romántica se empeñó en traer las voces y sentimientos del "pueblo" -Herder preanunció el lenguaje como organizador semiológico en todos los grupos sociales⁴- la historiografía antiluminista afirmó la vía majestuosa de la creación individual para interpretar los grandes fenómenos culturales. Ello descansaba en la celebración de las Ideas; al rehuir el campo amorfo de los fenómenos masivos, se batían contra el retardo atribuido a las masas y constituían la verdadera razón de las rupturas, aunque la enorme mayoría de los creadores de Ideas no consiguiera sortear los sistemas colectivos de sentimientos y emociones que testimonian -como hoy estamos en condiciones de saber- por un determinado tiempo. No se trata, como fue señalado por Foucault, de aventar el "espíritu de una época", sino de percibir cómo influyen múltiples, materiales y espirituales entran en juego y son capaces de modelar las actitudes de los grupos humanos en una determinada situación espacio-temporal.

Los fenómenos de mentalidad son inundantes y generalmente, integrativos, esto es, suelen totalizar visiones poligénicas. Si ello no hubiera sido así, probablemente la óptica sobre la mujer y otros sujetos hubiera alcanzado otra alteridad.

La torcedura mayor que sufrió la tradición humanística en el área angloamericana fue la propuesta de "historia intelectual", aunque paradójicamente este campo historiográfico pidiera un lugar propio bastante antes de que, en rigor, se formalizara la "Historia de las Ideas"⁵. Se trató,

3. El concepto de "habitus" como dispositivo automático, inconsciente, fue introducido por el notable historiador de la cultura, PANOFSKY, E.: *Renacimiento y barroco*. Madrid. Cátedra, 1989, cuya traducción al francés realizó P. Bourdieu (1967), además de dedicarle una nota final. Como es sabido, este autor desarrolló extensamente el concepto; remito en particular a BOURDIEU, P.: "La producción de la croyance. Contribution a une économie des biens symboliques", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Nº 3, Feb. 1977, y a una la síntesis de sus posiciones en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988.

4. SCHAFF, A.: *Linguagem e Conhecimento*, Coimbra, Livraria Alameda, 1974.

5. De acuerdo con R. Chartier, a principios de nuestro siglo con la revisión historiográfica norteamericana que originó el movimiento de "new history", surgió el concepto de "historia

aunque discutiblemente, de un nuevo programa para organizar el conocimiento intelectual producido en la historia de manera que pudiera organizarse con mayor rigor y profesionalidad el análisis de los diferentes campos del conocimiento. En su evolución más reciente la "historia intelectual" ha reclamado el diálogo interdisciplinario, apoyándose en la preexistencia de las instituciones sociales y reconociendo los factores económicos, sociales y culturales en la producción del conocimiento.

En cierta medida, la "historia intelectual" reclama por una "historia social del pensamiento" ya que algunos de sus oficiales han expresado la necesidad de no esencializar el nombre pues apenas denota la necesidad de tomar debida distancia con la tradición de la "historia de las Ideas". Podría suscitarse describir ese empeño como respondiendo a la necesidad de construir ópticas "geométricas" en la indagación histórica del conocimiento especializado? En realidad, la "historia intelectual" todavía se debate con la herencia del humanismo, en el que siempre anida la tentación de preservar los orígenes ciertos de las creaciones culturales, de indagar corpus que en buena medida abonan el presupuesto de una conformación cerrada e individualizada de los recursos del pensamiento.

Sin duda fue Foucault quien advirtió a la disciplina histórica el riesgo y los límites del humanismo. En gran medida la tarea de Foucault, al proponer la unidad inteligible del enunciado coloca al lenguaje -bajo cualquiera de sus tecnologías- como una práctica entendible en un registro que supera el humanismo cartorial sujeto a la racionalidad de las Ideas y vuelve sobre los rasgos y las huellas de otra camadura. Si bien el atajo para sustituir una historia de las Ideas, que necesitaba ser superada con la crisis general del humanismo, ha sido en buena medida emprendida por la "historia intelectual", su desarrollo no responde sólo a eso. La "historia intelectual" ha debido responder al reclamo relacionado con la historia de los "campos intelectuales", sobre todo de la literatura y de las ciencias, en contextos institucionales académicos bien determinados.

Las formulaciones de la llamada "nueva historia intelectual" norteamericana se han dirigido, principalmente, a la historia de la literatura y

intelectual" bajo los auspicios de Perry Müller. Una "Historia de las Ideas" formalmente delimitada con definición de objetos, modelos conceptuales e instrumentos metodológicos sólo tuvo aparición gracias al esfuerzo del conocido historiador Anthony Lovejoy quien en 1940 inició la edición de *Journal of the History Ideas*. Si bien a lo largo del más de medio siglo transcurrido los editores han mantenido fidelidad a las ideas iniciales, un examen de los últimos años del *Journal* revela hasta qué punto las concepciones propias de la historia intelectual lo atraviesan.

6. El término, sugerido (y rechazado) por Paul Veyne, alude a una construcción sumatoria de ópticas.

7. Ver por ejemplo, COLLETTI, S.: "Discipline History" and "Intellectual History". *Reflections on the Historiography of the Social Sciences in Britain and France*, en *Revue de Synthèse*, IVe, Nº 3-4, Juin-Déc. 1988 (pp.387-399), y las posiciones vertidas en "What is Intellectual History?", *History Today*, Nº 35, 1985.

de la crítica literaria. En un balance crítico, Jacoby⁸ interpreta la contribución de sus principales realizadores -Hayden White, Dominique LaCapra, Sande Cohen, Allan Megill, David Harlan- y concluye que la larga lucha por sostener la tradición humanista contra los embates de la ciencia positivista (tendencia que siempre ha amenazado el quehacer histórico), ha llevado a estos autores a adherir a un relativismo radical y a estilos formalistas mediante un lenguaje intrincadamente técnico. Dudando de lo que aparece bajo el rótulo de "nuevo" en la historiografía, Jacoby acusa a los realizadores de haber sucumbido a "un escolasticismo incruento y a un frío formalismo"⁹.

Otro motivo central en la "historia intelectual" lo ha constituido la "historia de la ciencia". Como se sabe su desarrollo ha deparado tanto una tendencia negadora de la contextualidad, centrada en la historicidad interna de sus objetos y ausente del "mundanal ruido", y otra permeada por las manifestaciones externas, respondiendo esencialmente a la idea de "necesidad social". La historia "extermista" de la ciencia no ha quedado a salvo, sin embargo, de la celebración del sujeto ausita, del reconocimiento a la jerarquía de un pensar y un hacer que se desentiende de las condiciones sociales, económicas y culturales de su gestación. Aun los extremistas suelen no reflejar las precisas condiciones en las que Darwin se tomó Darwin, circunstancias en las que el concepto rector de transformación se torna un punto de partida más que de llegada, una experiencia que correspondió a una determinada repercusión individual de concepciones -por cierto acotadas- que ya la sustentaban.

Desde luego, la historia "intermista" de la ciencia parece entenderse mejor con las fórmulas subjetivas, no obstante la mayor objetividad que reclama. En efecto, el extremo aislamiento del proceso de creación científica sin contaminación con los modos de percepción-significación extracientíficos, nos devuelve reificados sus materiales. Por otra parte, en la "pura interioridad" no se revela el complicado juego de los dispositivos mentales -conscientes e inconscientes- que es necesario alterar para ver las cosas de otra manera, algo sin duda fundamental en la creación científica. Es cierto que la propia ciencia contribuye a la transformación de las actitudes mentales, pero sólo en parte, porque tal como ha ilustrado Bachelard, la ciencia amaestrada, que ya no corre riesgos -y eso ha ocurrido normalmente con el pensamiento científico- es un "obstáculo epistemológico"¹⁰.

8. JACOBY, R.: "A New Intellectual History?", *The American Historical Review*, Vol. 97 Nº2 -April 1992 (pp 405-424).

9. En el mismo número de AHR, Dominique LaCapra defiende sus posiciones, especialmente en lo que atañe al formalismo y al reclamo de profundidad en el análisis lingüístico de las textualidades -sus reglas conceptuales y metodológicas se apoyan en la "deconstrucción" derridiana y procuran un abandono del contexto-. En general, la tradición más reciente de la "historia intelectual" ha involucrado desde una perspectiva de "historia social del pensamiento", atenta al contexto histórico-social, hacia una aislamiento del texto que es indagado desde la lingüística.

10. BACHELARD: *La formación del espíritu científico*. México. Siglo XXI. 1948.

Siguiendo a Bachelard debería concluirse que la historia de la ciencia necesita ser interpretada a la luz de los intercambios entre subjetividad y objetividad, fundarse en la evidencia de que el diálogo de ambas perspectivas -superador de la dicotomía interismo vs extermismo-, fructifica en una más genuina reconstrucción del aparato conceptual-metodológico dispuesto por el conocimiento científico, especialmente a partir del siglo XVIII donde, de acuerdo al propio Bachelard, éste se abre paso plenamente. Es por imperio de ese nuevo dominio que es posible pensar, como un objeto diferente, la historia de la ciencia con un régimen propio, como ha sostenido Canguilhem¹¹, un continuador notable de los trabajos de Bachelard.

Problemas como éste han ocupado a los historiadores que pueden reconocerse dentro del campo de la "historia intelectual" -si bien Francia no ha adherido al concepto, así como en contrapartida las "mentalidades" tampoco hicieron fortuna en los países anglosajones- y todo indica que las actuales tendencias procuran aproximarse a una síntesis que, en verdad, busca hacer confluir lo social y lo individual, pensamiento reflexivo e impulsos inconscientes, generalidad y particularidad. Un representante de la nueva "historia intelectual", Robert Darnton, incorpora en su definición desde la vieja "historia de las ideas" hasta la historia de los modos de representación colectivos en el sentido más específicamente antropológico del término¹².

Pero la "historia cultural", que en gran medida hereda la trayectoria de los Anales, solicita un camino propio aunque, de hecho, convergente. Podría definírsela como la historia que se ocupa de las representaciones sociales *producidas por los objetos y prácticas recorridos sustantivamente por la escritura impresa*. Chartier -uno de los principales oficianes- presenta así el programa: "(...) *El análisis de los textos, descifrados en sus estructuras, motivos y objetivo; el estudio de los objetos impresos, de su distribución, de su fabricación, de sus formas; la historia de las prácticas que, al tomar contacto con lo escrito, le conceden una significación particular a los textos y a las imágenes que estos llevan*"¹³.

Basado en tres cuestiones de peso, el mismo autor deriva hacia un camino que confronta con la historia de las "mentalidades". En primer lugar, la "historia cultural" modifica el cuadro de las diferencias sociales y culturales intrasponibles sobre las que, en gran medida, se desplazó la historia de las mentalidades. En efecto, la historia cultural no desconoce la jerarquía estructural de la sociedad, pero sostiene la convicción de que los objetos impresos, las textualidades y las representaciones a ellos debidas, se expresan como efectos

11. CANGUILHEM, G.: *Etudes d'Histoire et de Philosophie des Sciences*, Paris, Librairie J. Vrin, 1970.

12. DARNTON, R.: "Intellectual and cultural history", en KAMMER, M. Ed: *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*, Cornell Univ. Pres, 1980.

13. CHARTIER, R.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

del dispositivo de circularidad que es transversal a los diferentes grupos sociales. Es del todo evidente la fuerte presencia de Bajtin¹⁴, cuya preocupación por la cultura como efecto de circulación entre los diversos actores sociales se aleja de la búsqueda que se obsesiona por la identificación nítida del origen social de los objetos culturales. Ni Bajtin ni Chartier parecen interesados en exhumar la raíz de una práctica o de una representación, y sí en cambio, en cómo se torna posible un modo de reapropiación-degradación, en el caso del primero, de interpretación en el caso del segundo. La difusión de la textualidad impresa como ha sostenido Habermas- ha sido el soporte mayor para la creación de una esfera pública¹⁵. Mas allá de las diferencias sociales que señalaron su propio origen, la escritura impresa impuso otras regencias que liberaron la capacidad de interpretación múltiple, traducida en procesos de objetivación y en construcción de la propia subjetividad. Como sostiene Ong, las palabras se pusieron en el espacio, y "al sacar las palabras del mundo del sonido -donde primero tuvieron origen en el intercambio humano activo- y relegarlas definitivamente a la superficie visual, y al explotar de otros modos el espacio visual para el manejo del conocimiento, la impresión atentó a los seres humanos a pensar cada vez más en sus propios recursos internos (conscientes e inconscientes) como cosas, impersonales y religiosamente neutras. La impresión ayudó a sentir que sus posesiones se guardaban en alguna especie de espacio mental inerte"¹⁶ y esto es una consecuencia crucial operada por la circulación de lo impreso, o su lectura a otros que, en todo caso, estuvo asistida por el régimen oral de la comunicación.

Ginzburg¹⁷ ofreció en la figura testimonial del molinero Menocchio una muestra de la interacción entre la lectura y la tradición oral, entre lo impreso, sus interpretaciones y los mundos significados por la estabilidad del régimen oral de conocimiento con consecuencias notables para la construcción de subjetividad.

La "historia cultural" se hace cargo de los efectos producidos por la escritura en todos los sectores sociales, poniendo el acento no tanto en las diferencias, sin duda existentes, sino en las experiencias comunes que también se hicieron sentir sobre lo impreso. Fijarse una frontera cerrada entre las clases y grupos sociales parece ser un obstáculo al descubrimiento de las representaciones alargadas producidas por aquellos objetos, cuyo peso en la conformación de némesis emocional y cognitiva resulta indiscutible en las sociedades de la modernidad.

Un segundo orden de problemas con los presupuestos de la historia de las mentalidades se encuentra, según Chartier, "contra la concepción que

considera el lenguaje como un simple útil, más o menos disponible, para expresar el pensamiento"¹⁸. El carácter meramente instrumental del lenguaje debe ser visto como una consecuencia de las adhesiones "materialistas", cuyas fórmulas regentes derivaban de la teoría refleja que subyacen en gran parte de los análisis de las mentalidades, matrices del estructuralismo lingüístico que no parecen haber obrado de manera decisiva en sus concepciones. No debe olvidarse que le fueran opacas tesis decisivas del estructuralismo, como la disolución del sujeto y la de discontinuidad temporal.

El lenguaje como un campo de experiencias en sí mismo, como organizador semiológico, ingresa a la "historia cultural" haciendo posible el reconocimiento de "comunidades de significado", identificables por sus vínculos semiológicos y no por sus trazos estructurales socioeconómicos. Las palabras -vuelvo a Ong- se tomaron cosas con la escritura impresa. Esta cosificación tuvo consecuencias del mayor peso para la aparición de un espacio público y, desde luego, para un espacio privado, aún para los socialmente excluidos. Las palabras pudieron ser un valioso objeto de propiedad domesticado por los que no tenían casi derecho a apropiarse de nada, pudo crear en rigor un "dominio intelectual" entre los subalternos. Como dice Ong: "Pese a las conjeturas de muchos estructuralistas semióticos, fue la impresión, no la escritura, la que de hecho reificó la palabra y, con ella la actividad intelectual"¹⁹.

Las categorías gnoseológicas que desembocan en la "historia cultural" ofrecen, sin duda, problemas. Trataré de situar un conjunto de los que estimo más importantes.

PROBLEMAS DE LA "HISTORIA CULTURAL"

La delimitación de la "historia cultural" debida a Chartier puede originar indagaciones ceñidas en exceso a las resonancias letradas de la cultura, si se tiene en cuenta que la historiografía francesa ha privilegiado especialmente los procesos culturales surgidos entre los siglos XV y XVIII²⁰, un período crucial en el que se expandieron los sistemas de representación basados en la tecnología de la imprenta. La "historia cultural" ha rendido reconstrucciones, sin duda notables como las del propio Chartier²¹, teniendo como foco la circulación e interpretación casi exclusiva de los objetos impresos.

18. (Chartier, 1992) p.IV.

19. (Ong, 1987) p. 118.

20. (Collini, 1988).

21. Entre sus trabajos se encuentran CHARTIER: Lectures et Lecteurs dans la France d'ancien Régime, Paris, Editions du Seuil, 1987; con Bourreau, A. - Ducreux, M. - Jouhaud, C. - Saenger, P. - Velay-Vallatin, C.: Les Usages de l'Imprimé (XV-XIX siècles), Paris, Librairie Fayard, 1987; Les origines culturelles en castellano que recogen artículos publicados en Recientemente han aparecido en castellano dos libros que recogen artículos publicados en diversas revistas, el ya introducido "El mundo como representación..." y Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna, Madrid, Alianza Universidad, 1993.

14. BAJTIN, M.: La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabalais, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

15. HABERMAS, J.: Historia y crítica de la opinión pública, México, Gilli, 1981.

16. ONG, W.: Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra, México, FCE, 1987, p. 130.

17. GINZBURG, C.: El queso y los gusanos, Barcelona, Muchnik, 1989.

No obstante la disposición de dar lugar a todas las formas de significación, incluyendo las propias técnicas de la oralidad -tal como sostiene Charrier en la definición-, técnicas que a menudo fueron puestas por entero al servicio de la lectura ya que en buena medida su práctica colectiva recayó en la pericia oral de un oficiante, al mismo tiempo el más letrado y hábil en la interpretación teatral del texto²², el campo historiográfico no se ha esmerado en el registro de las otras vías de simbolización. Sin duda la comunicación oral siguió presidiendo la organización semiológica colectiva, aún mucho después de largamente impuesto el régimen del lenguaje "en el espacio". Ong advierte sobre los dispositivos de la oralidad presidiendo patrones de escritura letrada²³, y Ginzburg ha resaltado el peso primario de la estructuración oral, cuando visualiza a Menocchio en la arena de "un estrato cultural profundo, tan insólito que resulta incomprensible. (...) No se trata únicamente de una reacción filtrada a través de una página escrita - nos dice-, sino de un remanente irreductible de cultura oral"²⁴. Esto condiciona el "salto histórico, de alcance incalculable, que separa el lenguaje gesticulado, murmurado, chillado, propio de la cultura oral, de aquel otro carente de entonación y cristalizado sobre el papel, propio de la cultura escrita"²⁵.

Es indispensable estar prevenidos contra una excesiva "intelectualización" de los modos, ciertamente complejos, mediante los cuales se constituyen las representaciones; la experiencia humana, en la que el lenguaje ocupa un lugar único, incomparable, todavía tributa al habla, a los sistemas de sonido, y aún más en el presente en que éstos operan ya como una "oralidad secundaria"²⁶. Probablemente nuestros propios condicionantes, sobre todo nuestro constitutivo y axial convencimiento sobre el patrón letrado y la certeza de que la ampliación de conciencia descansa exclusivamente en el dominio de la lecto-escritura, se encuentran en la base de una preocupación historiográfica menos atenta a otras experiencias, que podrían interpelarnos en relación a la eficacia alternativa de las vías de configuración intersubjetiva de sentido. Un trabajo notable por el dosaje de textos, prácticas discursivas y otras experiencias resulta el ya mencionado de Norbert Elias.

Otra cuestión que se plantea en la "historia cultural" es la tensión entre fragmentación/integración. No está en discusión lo que a mi juicio resulta algo superado, el apelo a la "totalización" basada en un monismo estructurante que atribuye el sentido último, esencial, de las cosas. Sólo como practicantes místicos o religiosos podemos acogernos a esta confortable cosmogonía.

22. BARRANCOS, Dora: *La "lecturas comentadas": un dispositivo para la formación de la conciencia contestataria, 1914-1930*, Boletín CEIL-COMICET XVI, 1987.

23. (Ong, 1987).

24. (Ginzburg, 1989) p. 102.

25. (Ginzburg, 1989) p. 102.

26. (Ong, 1984) p. 134.

La fragmentación es una convención fundamental porque no puede eludirse ni óptica ni epistémicamente y por lo tanto es lícito retroceder hasta las expresiones microscópicas, desde que sobrevenga por entero el trabajo de interpretación sintomal. Es un error suponer que dicha interpretación está garantizada sólo cuando se enfrentan procesos altamente inclusivos o de mayor agregación, en los que numerosas categorías y atributos atraviesan a los sujetos. En general, la historiografía de los fenómenos más agregados ha mostrado un reduccionismo descomplejizante a partir de la utilización de esquemas conceptuales planos.

La historiografía de las últimas décadas pudo renovar el conocimiento porque hincó los dientes en los rezagos que la historia de largo aliento ignoró seguramente por ceguera cognitiva, esto es, porque no llegó a percibir siquiera su existencia. Sin embargo, la licitud de la fragmentación debe estar acompañada por la restitución a las dimensiones procesales que efectivamente entrañan claves significativas para su interpretación.

Como retomaré más adelante, difícilmente una teoría, un determinado arreglo de conceptos, pueda dar cuenta de los diferentes atributos de un fenómeno. Cuando fragmentamos debemos saber de antemano que para cada uno tendremos que enfrenar un conjunto de interrogantes correspondientes a los diversos tejidos-dimensiones, cuyas respuestas no se hallan en un sólo estatuto teórico y recusan ser sometidas a una única unidad interpretativa expulsora de lo múltiple.

Es necesario contar con la categoría de "rizoma" elaborada por Deleuze y Guattari²⁷ que rechaza la glosa arborística -basada en la idea de raíz, fundante de un modelo centralmente dicotómico y arbitrario que tiende a subsumirse en el Uno- por una interpretación de los fenómenos de comunicación y cultura que se plantea la multiplicidad. "Lo múltiple hay que hacerlo -sostienen estos autores- no precisamente añadiendo una dimensión superior, antes bien por el contrario, lo más sencillamente posible, a fuerza de sobriedad, a nivel de las dimensiones de que se dispone, siempre n-1 (sólo así es como el uno forma parte de lo múltiple, estando siempre substratado). Substraer lo único de la multiplicidad a constituir..."²⁸.

La "historia cultural" ha alargado la posibilidad de emplear en consonancia diversas herramientas conceptuales, porque los hombres y las mujeres otorgan significados múltiples a los bienes culturales, materiales y simbólicos a partir de sus condiciones históricas de existencia, y ello requiere una intelección multiteórica que de cuenta de lo pluridimensional, la apertura de un diálogo reconstructor del "rizoma" que sólo puede provenir de diversos campos disciplinares. La aptitud para integrar los fragmentos se relaciona, esencialmente, con la capacidad de conceptualizar sobre una base matricial

27. DELEUZE, G. - GUATTARI, F.: *Rizoma*. Introducción, México, Ed. Coyoacán, 1994.

28. (Deleuze y Guattari, 1994) p. 12.

expresiva capaz de recorrer, con la mayor pertinencia posible, las varias dimensiones a las que alude el fragmento.

Una cuestión que a menudo colocan los objetos de la "historia cultural" es la tensión entre la interpretación superficial y profunda de objetos y prácticas. En gran medida este problema se vincula al anterior, porque el mayor uso de cuadros conceptuales contribuye a la profundidad de los análisis. El hecho de que cada vez más estemos estimulados a develar fragmentos supone, lejos de lo que pueda pensarse, una mirada más aguzada y profunda, más crítica y menos reduccionista. Cuando se trata de interpretar una forma de circulación cultural, en apariencia menos expuesta a las intervenciones más formalizadas de una sociedad, ahí es necesario poner en duda hipótesis restrictivas en cuanto al aislamiento e intercambio. Desde luego, los modos de resistencia con los que tan a menudo nos encontramos al analizar la cultura de los sectores subalternos no dejan de evidenciarse porque participan de formas y hasta de motivos que constituyen acervos de otros grupos sociales²⁹. Los fenómenos acotados son proporcionalmente los más desafiantes en materia de investigación y requieren que se abandone cualquier tendencia facilista. Ellos, tal vez más que los grandes cuadros agregados, nos ofrecen la perspectiva de escurrir cómo se incorporan los materiales que hacen posible el surgimiento, y también la desaparición, de una cosmovisión.

Otra cuestión de mayor trascendencia que no debe perderse de vista es que la "historia cultural" se depara corrientemente con fenómenos de inconsistencia debido a la inscripción multidimensional de los sujetos, a las "fugas y desterritorialidades" según Deleuze y Guattari. El carácter de las prácticas es reveladora de un mundo paradójico, incoherente, en el que es difícil atribuir hegemonía a un único proceso de subjetivación. Entre las lecturas de aquéllos que opusieron por posiciones radicalizadas -me refiero a quienes decidieron adherir a programas ideológicos y políticos contestatarios, centralmente demandadores de un rito formativo exigente del trazo letrado- se instalaron fuentes heréticas, y no es fácil convencernos de que se trataba tan sólo de una manifestación residual, o para establecer más exactamente el programa de la ruptura. Secretas -y no tan secretas- adhesiones a misticismos, a ideas religiosas y hasta a visiones parciales del "campo enemigo" conviven con los sentimientos e ideaciones que los desafían. No puede asombrar esa cohabitación heteróclita que se manifiesta en la mayoría de la humanidad sin que ello signifique patología psíquica; más bien al contrario, esta suerte de organización compartimentada de los contenidos intelectivos y los sentimientos -pues corresponden a motivos diferenciados del orden socio-

29. Aspectos más integrados de la cultura popular y sociabilidad, gestados a propósito de lo escriturario, pueden verse en las investigaciones de GUTIERREZ, Leandro - ROMERO, Luis A.: "Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires 1920-1945", en *Desarrollo Económico*, Vol. 29 Nº 113, Abril-Junio 1989.

cultural- constituyen circunstancias reparadoras que alivian la condición existencial. Es probable que tengamos que hacer referencia a "unidades" que actúan en diferentes "dominios consensuales", como señala el "nuevo paradigma" sostenido, entre otros, por Maurana y Varela³⁰. Es cierto que los sujetos deciden conscientemente que su involucramiento dominante corresponde a tales o cuales motivos, causas o trayectos, y no podríamos, ni deberíamos con nuestro trabajo reconstitutivo dejar de respetar esa decisión. Pero la "historia cultural" se coloca el desafío de ingresar a la maraña cognitiva-emocional, a las adhesiones disímiles y a las semiologías contrapuestas; su registro está simonizado con lo múltiple y polisémico.

Deberíamos preocuparnos -este es otro problema del campo- por el escaso trabajo comparativo en la "historia cultural". Collini³¹, entre otros, ha venido reclamando para la "historia intelectual" el diálogo contrapuesto de las investigaciones y es necesario admitir que sin esfuerzos comparativos será difícil aumentar la comunicación con nuestras propias reconstrucciones. Los procesos culturales reclaman ser vistos en diferentes contextos para exhumar lo múltiple y puestos luego en estado de compulsa, no para sancionar la norma homogeneizante derivada de regímenes binarios, sino para agudizar la mirada sobre las propiedades diferenciales.

Finalmente, la "historia cultural" no sería honesta a su propio trabajo si no confesase que sus objetos de indagación están constitutivamente implicados por relaciones de poder. Prácticas y objetos, hasta los más descarnados o mal localizados, constituyen pruebas de alguna forma de su presencia, para imponerse, para encontrar resistencia, pactar u omitirse. El propio lenguaje estructurado no está por encima del "diagrama de fuerzas"³². El error consistiría en ver el poder coincidiendo con el sentido de la arborización, esto es, apenas fundado en la raíz que sustancia la desigualdad de las clases sociales, o en el tronco principal (¿o también raíz?) que insituye la subordinación femenina, o en la rama que legitima un determinado orden de saberes. Lo cierto es que el poder es poligénico y las experiencias de la cultura le son enteramente mediáticas.

En la reconstrucción de la que participa la "historia cultural" el poder no es una dimensión más; sería absurdo buscar el orden, la estructura de poder fuera del fenómeno indagado. En cada uno de sus pliegues yace un vestigio de poder, desde luego, aunque sea en nombre de su supresión.

TRIANGULACIÓN Y MULTIMÉTODOS

El concepto de *triangulación* se refiere a la necesidad de recurrir a

30. Ver especialmente MATURANA, H. R. - VARELA, F. J.: *Autopoiesis and cognitions. The realization of the living*, Holland, D. Reidel Publishing Company, 1980.

31. (Collini, 1988)

32. DELEUZE, G.: *Foucault*. Sao Paulo, Brasiliense, 1988.

repertorios conceptuales combinados para enfrentar el análisis de los fenómenos investigados; por lo tanto se trata de facilitar la presencia de alternativas metodológicas que permitan su interpretación³³. Si bien no se aplica exclusivamente a las teorías -pueden triangularse también unidades de análisis, datos, fuentes y desde luego técnicas de investigación (de esto último me ocuparé luego)- desearía poner en foco la cuestión del uso múltiple de repertorios conceptuales.

Hasta un período reciente la inmensa mayoría de los investigadores en las ciencias sociales sostenían, como un imperativo categórico, la fijación de marcos unitarios restrictos originando un tipo de operación intelectual en buena parte reduccionista; y ello fue así tanto en ámbitos en donde se hizo fuerte el estructural-funcionalismo como en los que se empeñaron en combatirlo a través de la aplicación de los recursos conceptuales del "materialismo histórico". Si bien una gran producción de trabajos se deslizó, sobre todo de la última a la primera frontera, resulta importante remarcar que la aproximación de las teorías no parece haber significado actos deliberados de triangulación.

Lo que diversos metodólogos han venido reclamando es que se establezcan procesos de "validación convergente" teniendo en cuenta las características de los objetos de investigación de las ciencias sociales y, especialmente, la relativa impotencia que han mostrado los métodos cuantitativos dirigidos a proveer explicación. Ello originó la reincorporación de métodos cualitativos -no debe olvidarse que en la década de 1920 la sociología norteamericana tuvo un desempeño marcante con el empleo de entrevistas y otra técnicas cualitativas- para cuya validación se sugirieron nuevas reglas. Entre las contribuciones más singulares -y muy poco advertidas en su momento entre nosotros- se registra la de Glaser y Strauss³⁴ quienes estimularon la utilización de métodos no estandarizados a partir de una concepción

33. Remito entre otros autores a CICOUREL, A.: *El método y la medida en sociología*, Madrid, Ed. Nacional, 1982; BREWER J. - HUNTER, A.: *Multimethod Research. A Synthesis of Styles*, Sage Publications, 1990; JICK, T.D.: "Mixing Qualitative and Quantitative Methods: Triangulation in Action", en *Administrative Science Quarterly*, V. 24, Dec. 1979; DENZIN, K.D.: *The Research Act*, N.York, McGraw-Hill Book Company, 1978.

34. GLASER, B.G. - STRAUSS, A.L.: *The Discovery of Grounded Theory*, N. York, Aldine Publishing Company, 1967.

35. Entre las teorías sociológicas que quiebran la interdicción de la subjetividad de los actores en la investigación y atienden la formación de significado a partir de quienes están involucrados en la acción social, se encuentran las de GIDDENS, A.: *La constitución de la sociedad*, París, Presses Universitaires, 1987; HABERMAS, J.: *Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra, 1989; SCHUTZ, A.: *Fenomenología del mundo social*, Buenos Aires, Paidós, 1972; BLUMER, H.: *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*, Barcelona, Hora, 1982; SUDNOW, D.: *Studies in Social Interaction*, N.York, Free Press, 1972; GARPINKEL, H. - SACKS, H.: "On formal structures of practical actions" en McKinney, J. - Tiryakian, E.A.: *Theoretical Sociology, Perspectives and Development*, N.York, Prentice-Hall, 1970.

epistémica diversa, próxima de las teorías que reponen la capacidad comunicacional e interpretativa de los propios sujetos en la investigación³⁵. Para Glaser y Strauss el investigador puede así generar teoría a partir del propio campo singular de la investigación. Su propuesta de "muestreo teórico" implica que aquél está atento a la formación de significado conceptual proveniente de los datos más que a sus propios esquemas aprisísticos, y esto tiene amplia repercusión para la historiografía.

En efecto, a pesar de que entre las ciencias sociales la historia carece en buena medida de la experiencia de copresencia con los sujetos de análisis -sólo posible en el caso de la historia oral y por lo tanto en situaciones adventicias-, éstos constituyen una fuente proveedora de conceptos, o por lo menos fuertemente sugeridora, la simionía abierta, "desterritorializada" del investigador con los datos debería conducir a la generación original de teoría. El trabajo de investigación en todos los campos de la historia y especialmente en el referido a la "historia cultural" está desafiado por la necesidad de renovar el cuadro teórico y ello debe provenir en gran medida de interpretaciones menos dependientes de las hipótesis formalizadas. El deductivismo se contraponen a los métodos cualitativos porque impide que ingrese "desde afuera" una significación inductiva, de inscripción múltiple, aportada por la comunicación, directa o indirecta, de los sujetos, con lo que queda privado de remozamiento teórico.

De todos modos, debería insistirse en la necesidad de hacer convergentes teorías múltiples, antiguas y generadas en el curso de la investigación, pero esencialmente teniendo en cuenta que enfrentamos dimensiones diversas y propiedades igualmente diversas cuando lidiamos con experiencias, prácticas y modos de dotación de sentido inherentes a la "historia cultural".

En íntima vinculación con lo ya expresado se encuentran las técnicas investigativas. El trabajo historiográfico ha reposado y seguirá haciéndolo en procesos heurísticos cuyos elementos tangibles están dispuestos en alguna forma de archivo -aún en sus condiciones más anárquicas. Ya fue dicho que una parte de la "historia intelectual" no ha sido devota de esta constitutiva tradición del campo profesional pues ha encontrado más atrayente el aislamiento textual y la descontextualización. Pero la "historia cultural" no puede prescindir de ese contacto, bajo las reglas generales que rigen para la operatoria, esto es, identificación y crítica de las fuentes. Debe agregarse la necesidad de realizar tareas de "triangulación" de la base documentaria, y de ésta con el resto de las fuentes escritas, fuentes cuya ampliación es ilimitada. Es fundamental triangular archivos, sobre todo teniendo en cuenta la "inconsistencia" de los sujetos. La concurrencia múltiple de aquéllos -algo mucho más transitado de hecho por los oficiales- se dirige menos a devolver criterios de verdad a la reconstrucción que a destapar las dimensiones, se halla más al servicio del surgimiento de atributos que de mostrar las fisuras de las

pruebas empíricas. Para la "historia cultural" las fuentes escritas son en sí mismas objetos de indagación, su valor no radica en la verdad que revelan sino en las tensiones desbalanceadoras de su intervención testimonial. La reconstrucción pluridimensional y el recorrido de sus propiedades ponen en evidencia la pericia del investigador dando cuenta de grados de virtuosismo en la triangulación de los datos.

Desde luego, los acontecimientos que revelan los archivos demandan ser contrastados con los datos aportados por los restantes medios (relato oral si fuera posible, iconografía, fotografía, cine, etc). A medida que se incorporan nuevos sistemas semiológicos puede aproximarse a la inscripción en la multiplicidad, no a los niveles superiores (¿superiores a qué?), sino al -1 de la agenda "rizomática". La "historia cultural" se nutre de lo plurisemiológico no obstante su devota atención a lo escriturario, porque "a partir del momento en que un libro es atribuido a un sujeto se descuida este trabajo de las materias y de la exterioridad de sus relaciones. Se fabrica un Dios bueno para los movimientos geológicos"³⁶. La "historia cultural" se vuelve sobre los "mundos de representación"; el Sujeto puede descansar en paz.

36. (Deleuze y Guattari, 1994) p.8.